

TÍTULO: A VECES L AMOR MATA

PSEUDÓNIMO: RUBIA 40

Ella, que de sus ojos siempre desprendía un brillo especial, irradiaba felicidad. Estaba enamorada.

Ahora sus ojos ¡tienen un brillo tan diferente!, brillan como el vidrio, ¡esconden tanta tristeza! y una pena que aunque quiere ocultarla no puede.

- ¿Por qué ya no eres la misma de antes? ¿Qué te ha hecho cambiar? ¿Dónde está esa mujer dulce, con esos ojos preciosos, que irradiaban felicidad? Dime hija mía, ¿qué es lo que te pasa?, ha cambiado tu actitud, siempre estás a la defensiva. ¡Soy tu madre! A mí no me puedes engañar, conozco todo de ti. También veo cómo ocultas tus heridas, moratones en tu rostro, lo ocultas con maquillaje. Y toda tú, se va deteriorando como una flor que se marchita cuando no le echas agua.

¿A dónde se ha ido tu belleza? Tú que siempre ibas preciosa, te gustaba tanto ponerte bonita. Ahora

ya no te dedicas tu tiempo. hora sólo vives para él. Ya no me llamas todos los días por teléfono, como solías hacer. Me decías, ¿Qué tal te ha ido el día, mamá?

Quedábamos para tomar café, todo en ti era alegría, eras tan positiva. ¡Tan segura de ti misma! Esa seguridad que se ha ido esfumando con el paso del tiempo. Dime hija mía, de mujer a mujer, soy tu madre y quiero que sepas que siempre voy a estar ahí para ti.

¿Recuerdas? De pequeña querías ser doctora, te encantaba jugar a los médicos y cuando tuviste edad para ello, empezaste a estudiar medicina. Decías que tenías que ser la mejor. Y por estar con él dejaste de estudiar, ¿crees que ha merecido la pena? ¡Qué ironías tiene la vida! hora tú te curas tus propias heridas, heridas que no las cura ni el mejor doctor, esas heridas se clavan en el alma. Háblame hija mía, dime la verdad.

- Madre, como bien dices, a ti no puedo engañarte y necesito desahogarme. Cuando él entra en casa, yo entro en pánico, pues no sé lo que me espera. Para él, hace años que todo lo que digo hago, está mal.

Ayer le comenté que me gustaría retomar mis estudios de medicina y su respuesta fue una bofetada, que era una cualquiera. Me agarró del cuello y me llevó ante el espejo, me dijo: "Mírate cómo te has arreglado para ir a matricularte, pareces una cualquiera, sólo quieres lucirte para que los hombres te miren. Tú no vas a retomar nada. ¿Me oyes? Tú debes estar en casa y obedecer a tu marido". Me quedé tan mal que a veces pienso que lo hace por mi bien, madre.

-Eso no es así. ¿Te estás escuchando, hija mía? Ni tú ni ninguna mujer se merece que le traten mal. Hija mía, se me rompe el corazón al escucharte, apártate de ese monstruo. Vente a casa, conmigo, las dos juntas. Hija, veo en tus ojos tanta tristeza. Tus ojos hablan a través de ti y lo que a ti te hace daño a mí también me lo hace.

- Madre, soy tan infeliz. ¿Cómo se cura un alma que era de cristal y ahora se rompió en mil pedazos?

Aquél hombre con quién me casé, aquél que me prometía la luna, aquél que yo pensaba que era el hombre de mi vida, resultó ser un monstruo sin sentimientos. Ese monstruo se apoderó de mi, me golpea, me humilla, me insulta. Madre, no me deja ser yo misma. Ya los golpes no me duelen, me duele el alma. Hace tiempo dejé de quererle, por la forma en que me trata. Él lo sabe, pero en vez de dejarme ir, me dice que soy sólo suya, que nadie me va a querer como él.

- ¡Madre!, ¿eso es amor? Golpearte sin parar y humillarte.

- ¡Claro que no es amor!, hija mía.

- ¡No puedo más, madre!

- Hija, yo no voy a permitir que ese ogro sin sentimientos te vuelva a poner la mano encima. Te vendrás a casa, le pedirás el divorcio.

Así lo hizo. Fue a su casa acompañada de su madre; él estaba sentado en un sillón en la sala de estar. Ella le dijo que quería el divorcio, él le contestó: "Antes de divorciarme de ti, te mato".

La madre le dijo: "Ya no la vas a golpear más". Y salieron las dos de la casa. Él entró en cólera y poseía armas en casa, pues le gustaba la caza y la practicaba mucho. Se dirigió al cuarto y cogió una pistola, salió detrás de ellas. Cuando estaba a un metro de ellas disparó a su esposa, ella cayó al suelo.

La madre, horrorizada, le cogió de la mano y le decía: "Hija, lucha, tú eres fuerte, lucha por tu vida". Él se quedó mirándola, allí en el suelo, agonizando. Enseguida vinieron las autoridades y la ambulancia.

Hija, te estás poniendo muy fría, estás helada, tú eres fuerte, no te vayas. Ella clavó los ojos en los de su madre, y con mucho esfuerzo y dificultad, sus últimas palabras antes de morir fueron: "Mamá, estoy cansada".

Cerró los ojos para siempre, esos ojos que un día desprendieron tanta vida y un brillo especial.

En memoria de todas las mujeres que mueren todos los días, víctimas de la violencia de género.